28

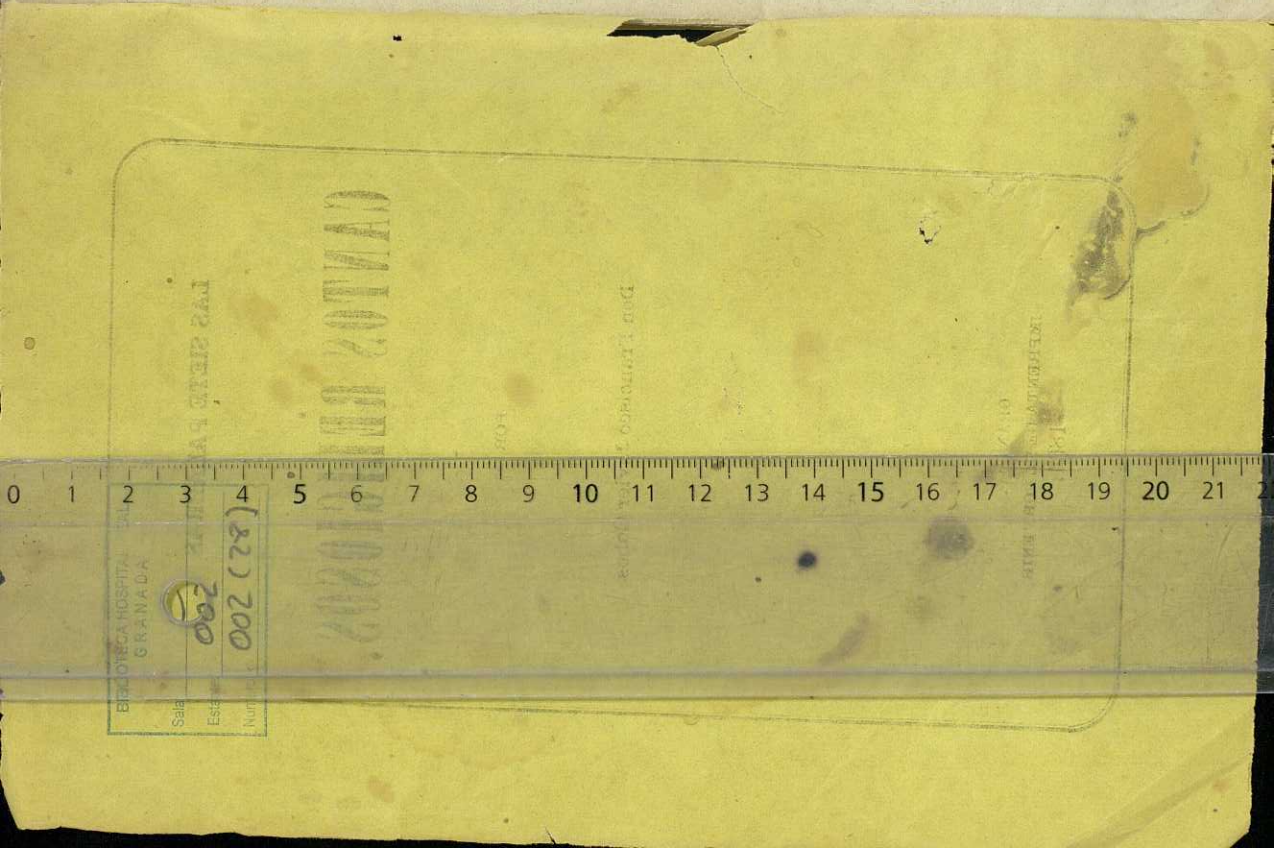
LAS SIETE PALABRAS,

CANTOS RELIGIOSOS,

POR

Don Francisco Javier Cobos.

GRANADA.
IMPRENTA DE EL PORVENIR.
1864.


BIBLIOTECA HOSPITAL
GRANADA
Sala 002
Estante
Número 002 (22)

R.19350

LAS SIETE PALABRAS,

CANTOS RELIGIOSOS,

POR

Don Francisco Javier Cobos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

GRANADA.
IMPRENTA DE EL PORVENIR
1864.

BIBLIOTECA HOSPITAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 002
Numero: 002 (28)

R.19350

LAS SIETE PALABRAS,

CANTOS RELIGIOSOS,

POR

Don Francisco Javier Cobos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

GRANADA.
IMPRENTA DE EL PORVENIR
1864.

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala C
Estante 19
Número 55/34

Con licencia y aprobacion de la Autoridad Eclesiástica.

AL SR. D. JOSÉ MARIA PALOMO Y MATEOS.

Testimonio de gratitud y afectuosa consideracion de

FRANCISCO JAVIER COBOS.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, por decreto de 12 de Marzo de este año, ha concedido ochenta dias de indulgencia á los fieles de uno y otro sexo que recitaren y meditaren las siete palabras de N. S. J., y otros ochenta por la lectura y consideracion de los versos formados sobre cada una de ellas y contenidos en este libro.

INVOCACION.

INVOCATION

Á DIOS.

—

Quis similis tui in fórtibus, Dómine?
Quis similis tui magnificus in sanctitate, terribilis atque laudabilis, faciens mirabilia?

Exodo, cap. 15 *v.* 11.

Eterno Señor Dios, cuya grandeza
Adora reverente el alma mía,
De tu genio inmortal y de tu alteza,
Manda un rayo á mi ardiente fantasía:
De mi espíritu ya la vida empieza:
Vierte en él á raudales la armonía:
Para volar, Señor, dale tus alas:
Enciéndelo en tu amor; préstale galas!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Quiero cantar, Señor, el trance fuerte,
El momento terrible y misterioso
De tu agonía sublime y de tu muerte;
Quiero cantar, Señor, el temeroso
Llanto que el hombre arrepentido vierte
Ante el sagrado altar, y pavoroso
Miedo embarga mi espíritu agitado
Ante grandeza tanta fatigado.

—

Anímalo, Señor, que el valor mío
Vacila y tiembla y duda y retrocede:
¡Insensato de mi, que loco ansío
Donde el humano pensamiento cede
Elevarme en mi ardiente desvarío!
¿Quien llegar hasta Dios presumir puede?
¿Quien sin su ayuda elevará su acento
Que no caiga su voz falta de aliento?

—

¡Nada haya sin ti, Señor! Tu omnipotencia
Brilla en tus obras. Desde el astro ardiente,
Cuyo secreto sorprendió la ciencia,
Hasta el átomo vil, con elocuente
Himno de gratitud, tu providencia
Alaba cuanto existe y cuanto siente:
No hay para tí ni límites ni espacio:
¡La eterna inmensidad es tu palacio!

El ancho pabellon del firmamento,
Alfombra es donde tu pié se asienta:
Las ruedas de tu carro, con violento
Impulso mueve airada la tormenta:
Es el trueno tu voz, cuando del viento
Los senos rompe en ira turbulenta;
Y si en tu santa cólera se enciende,
Chispa es el rayo que el espacio hiende.

—

Tú diste su murmullo á la espesura:
Tu á las auras fragantes su gemido:
Tu los trinos de amor y de ternura,
Que el pájaro cantor lanza escondido
Entre el ramaje de la selva oscura:
Tu al huracan su lúgubre silvido:
Tu el murmurar á las ocultas fuentes;
Tu el rugir bramador á los torrentes.

—

Tu á la flor que en su tallo se alza ufana,
Diste aromas, perfumes y colores:
Tu sus tintas de oro á la mañana:
Tu al sol sus encendidos resplandores:
Tu los eternos hielos á la insana
Region polar, y al cancro sus ardores:
Tu del revuelto mar á la onda brava,
Con límite de arena hiciste esclava.

Del espacio en la cóncava techumbre,
Tu encendiste esos faros misteriosos,
Con pálidos destellos de la lumbre
Que irradia de tu faz: tus poderosos
Brazos fuertes, la inmensa pesadumbre
Sostienen de esos mundos portentosos,
Que impulsas con un soplo de tu aliento,
Cual leve pluma que arrebata el viento.

—

Sin principio ni fin, de tus misterios
El hombre el fin á comprender no alcanza:
Tu nombre llena entrambos hemisferios
En son de gratitud y de esperanza:
Al compás de sus místicos salterios,
Arcángeles entonan tu alabanza....
¡Tú eres, Señor, un círculo infinito
Donde se encuentra el Universo escrito!

—

Las gentes que tus leyes ignoraron
En el olvido yacen sepultadas.
¿Dónde fueron, si no, las que pasaron
Del huracan del tiempo arrebatadas,
Florecientes ciudades, que dejaron
El polvo, nada mas, de sus estadas?
¿Dónde ostenta sus fuerzas Macedonia?
¿Dónde sus impurezas Babilonia?

¿Dónde Cartago fué? ¿En dónde Tiro
Las huellas de sus naves dejó impresas?
¿Dónde las glorias de Alejandro y Ciro,
Y de Roma triunfante las empresas?
Sombras no mas que en el eterno giro
De los siglos, volaron cual pavesas,
Porque de loco orgullo se llenaron
Y tu nombre Santísimo olvidaron.

—

Nada hay sin tí, Señor! El alma mía
Adora tu poder y tu grandeza:
De tu gloria inmortal, un rayo envía
Que la puede llevar hasta tu alteza;
Vierte en ella torrentes de poesía;
Y pues vida mejor, desde hoy, empieza,
Dale, Señor, para volar, tus alas:
Enciéndela en tu amor; préstale galas.

LAS SIETE PALABRAS.

CANTO I.

Jesus autem dicebat: Pater, dimiti illis: non enim sciunt quid faciunt.
S. Lucas, cap. 23 *v.* 34.

¿Porqué, Jerusalem, tu pueblo brama,
Rugiendo cual la voz de la tormenta?
¿Porqué la indignacion su frente inflama?
¿Porqué la ira feróz su pecho alienta?
¿Contra quien es su cólera? ¿Á quien llama
Para que el peso de su furia sienta?
¿Á dónde va creciente y afanosa
La descompuesta multitud ansiosa?

¿Porqué pueblan el aire los gemidos
De seres incorpóreos é invisibles?
¿Porqué del justo aterran los oidos,
Las palabras proféticas, terribles,
Que guarda el libro santo? ¿Qué sonidos
Misteriosos se escuchan? ¿Porqué horribles,
Oscuras nubes en señal de duelo,
En ancho pabellon cubren el cielo?

—

Atended, atended! Hácia el Oriente,
Gigante de granito, audáz levanta
El Gólgotha orgulloso, calva frente
De rocas descarnadas: á su planta
Gira la multitud en son rugiente;
Lanza gritos de muerte su garganta,
Y furibunda, como el mar bravío,
Manda al cielo impotente desafío.

—

De la tendida falda entre la peña,
Se alza la Cruz, patíbulo afrentoso
De ignominia padron: horrible enseña
Á donde el pueblo en su gritar furioso
En dirigirse con afan se empeña:
De ella pende el Señor: el poderoso
Hacedor de los mundos: el Clemente:
Del Amor y del Bien la Sacra fuente.

¡Desgraciado Israel! La profecía
Va á cumplirse por fin. Sonó la hora
En el reloj del tiempo: llegó el día
Feliz de Redencion, y vencedora
La justicia de Dios, en la agonía
Nuevo Isaac de la Ley, la pecadora
Humanidad, sintiéndose deicida,
Oculta su terror estremecida.

—

¿Y eres tú, Señor Dios, el que con fuerte
Brazo impulsa los ejes de diamante
En que gira la tierra? ¿Tú el que inerte
Miro en la Cruz sediento y anhelante,
Pálido de dolor, frente á la muerte,
Al hombre por el hombre semejante,
Turbia ya la purísima mirada,
Y la faz sin color y ensangrentada?

—

¿Tú, Señor, con el cuerpo destrozado,
Llanto de sangre por mi bien vertiendo,
En madero infamante estás clavado
Y redimes mis culpas? ¡Ay! ¡Muriendo
El Ser entre los seres increado,
Y tormentos cruelísimos sufriendo,
Aquel que con su voz al mundo asombra?
¿Aquel á quien el Sol sirve de alfombra?

Tú, Señor, en patíbulo afrentoso,
Enclavados los piés, rotas las manos,
Las manos, que estendieron prodigioso
El manto de los cielos soberanos?
¿Tú, Cordero de Dios, en espantoso
Trance de muerte estás por los humanos?
¿Tú que hicistes los orbes y mantienes,
Ves punzantes espinas en tus sienes?

—

Tú que das á los bosques su hermosura,
Su grave magestad y su grandeza;
Tú que á la tierra la tiniebla oscura
Le das para que oculte su impureza;
Tú que vistes con manto de verdura
La espléndida y feraz naturaleza,
¿De ese pueblo feroz, al choque rudo,
Te miras con rubor, Señor, desnudo?.....

—

¿Dónde están, ¡oh Jehová!, tu santa ira,
Tus ángeles de fuego vengadores?
De Israel á la hipócrita mentira
Término pon: tus rayos destructores
Consuman ese pueblo que respira
Odio implacable, y nuncio de dolores,
Contempla alegre la agonía sublime
De un Dios que con su muerte le redime.

No hay balanza que pese su delito,
Ni lengua existe que su crímen cuente:
Deicída infame, pasará maldito
De nacion en nacion, de gente en gente.
Cual su pecado, eterno é infinito
Su castigo será; que eternamente
Sin pátria, sin hogar, perdido, solo,
Maldito vagará de polo á polo.

—

El Justo quiere hablar: su voz sagrada,
Su palabra potente y vengadora,
Cual voz del trueno, resonando airada
Llenará el Universo: asoladora
Es su ira inmortal: tiemble aterrada
La humanidad que por su crímen llora,
Y allá en el fondo de su alma, lento
Siente brotar tenaz remordimiento.

—

Que al eco de esa voz, el pueblo impío
Su ódio infernal verá roto y deshecho
Como ante el choque de huracan bravío!
¡Descúbrete, Israel! Ya de su pecho
Se escapan sus palabras! «Padre mio,
Perdónalos: no saben lo que han hecho!...»
¿Y eso á tu padre vengador le dices,
Y no la humana ingratitud maldices?

¿Y eres tú, Señor Dios, el que potente,
Del rojo mar á Faraon sepulta
En la revuelta onda? ¿El que valiente
Venció á Moab? ¿Y el pueblo que te insulta
Vive y alienta, y de tu ira ardiente
No siente el peso? ¿Tu palabra indulta
Su pecado nefando? ¿Y tu bendito
Lábio, el perdon implora del delito?

—

¡Cuán grande es tu piedad! Cuál la clemencia
Brota de tus palabras! ¡Tu amor cuánto!
¡De ese pueblo la bárbara insolencia
Pagas con el perdon augusto y santo!
Sí, sí: de caridad y de paciencia
Sacro modelo fuiste, y con espanto
Oye la multitud de rabia ciega,
Que la víctima á Dios por ella ruega.

—

¡Cordero inmaculado, Hostia ofrecida
En sangriento holocausto, para darnos
Fácil acceso á la celeste vida,
Y de la mancha original lavarnos:
Tu majestad, Señor, escarnecida,
En vez de justiciero esterminarnos,
Ardiendo del amor en vivas llamas,
De las ofensas el perdon proclamas!

¡Señor, Señor! Nuestra existencia impura,
Del nefando pecado se alimenta.
Mintiéndole placeres y ventura,
De las pasiones la fugaz tormenta
La dirije hacia el vicio: en su locura,
Ni el tiempo que se vá, rápido, cuenta,
Ni vé, que esta su vida transitoria,
Es fuego sin calor: veloz memoria.

—

Orgullosos alzamos nuestra frente
Los divinos preceptos olvidando,
Y la ambicion trocamos en hirviente
Sed de sangre, de usuras y de mando.
De la revuelta vida la corriente,
Con el pecado vamos enturbiando,
Sin fé en el corazon, sin rumbo cierto
Que nos conduzca al suspirado puerto.

—

El pueblo de Israel teniendo en poco
De sus profetas la palabra escrita,
En vertigo infernal se torna loco
Y derrama tu sangre. ¡Ay! Maldita
Generacion deicida!..... Yo provoco
Tu cólera tambien!..... Que tu bendita
Misericordia inestinguible, vea
Implorando perdon á mi alma rea.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

Humanidad doliente y pecadora,
Ven á beber la Caridad cristiana,
En la voz celestial, pura y sonora
Del Cordero de Dios: tranquila mana
De sus labios purísimos: implora
Gracia de su clemencia soberana:
Del mundanal placer rompe el encanto,
Y bendice su nombre sacrosanto.

—

Venid, humanos, sí: venid conmigo
Del Gólgota á las cumbres escarpadas:
Venid, y escucharéis su acento amigo,
Sus palabras de mieles saturadas
Que el consuelo y la paz llevan consigo,
Mas dulces que las auras perfumadas:
Mas que el aroma de pintadas flores:
Mas que beso tiernísimo de amores.

—

Rasga pues, la manchada vestidura
Que ha ocultado hasta ahora tu impureza;
Viste del inocente la hermosura;
Para vencer la mundanal flaqueza,
Acepta la virtud por armadura.
Ven, pues, y destocada la cabeza,
Con puro corazon y acento amigo,
Póstrate, humanidad, y dí conmigo.

«Yo te adoro, Señor, cuando tu mano
Dá á la tierra sus galas y sus flores:
Cuando mueve ó reposa el Occeano:
Cuando presta al invierno sus rigores:
Cuando presta sus calmas al verano:
Cuando agita los gérmenes creadores.
Yo bendigo, Señor, tu providencia:
Yo me acojo á tu manto de clemencia.»

CANTO II.

Et dixit illi Jesus: Amen dico vobis:
Hodie mecum eris in paradiso.
S. Lucas, cap. 23, *v.* 43.

¡Bajad, génios arcangélicos,
Los de transparentes alas,
Los de mirada de fuego,
Los de la frente de nácar,
Los de rizados cabellos,
Los de levísima planta,
Los que velais por el hombre,
Los que alentais su esperanza:

Génios, que de los humanos
Sois la defensa y la guarda,
Venid, y en ardiente fuego
Divino, encended mi alma.
Vosotros, bellos espíritus,
Que en la celestial morada,
Pulsais con divinos sones
Vuestras invisibles arpas:
Los que ante el trono esplendente,
De Jehová ante la mirada,
En faz de miedo y respeto
Plegais las azules alas:
Aquellos que en los espacios
Con dulces voces levantan,
Ora cánticos de amor,
Ora místicas plegarias
Al compás de los salterios
Conque su voz acompañan,
Bajad, bajad á mi frente:
Con vuestro aliento abrasadla,
Y prestadle generosos
La fé y valor que le faltan!
Venid, venid! Mis canciones
Por vosotros inspiradas
Mas dulces han de tornarse
Que los suspiros del aura:
Mas que el murmullo sonoro
De las brisas perfumadas,

Cnando en el bosque sombrío
Por entre las frondas pasan:
Mas que el tiernísimo arrullo
Con que la ola en la playa
Se quiebra, en leves espumas
Tornando luciente plata:
¡Venid, venid! Y mi lira,
Si hubo un tiempo en que liviana
Tan solo elevó de amores
Y placeres dulces cántigas,
Arrancadla de mis manos:
Cubridla con negra gasa,
Y la que fué ayer impía,
Vuelva á ser lira cristiana!

En un cielo pardo, oscuro,
Densas nubes apiñadas
Y en anchos girones rotas,
Sobre la tierra amenazan
Lentas caer, y envolverla
Con sus pavorosas alas.
Hácia ese cielo sombrío,
Su lúgubre frente alza
El Gólgotha, cuya cima
De peñascos coronada
Semeja inmenso sepulcro
Sobre cuya funeraria

Losa, impalpables visiones
Silenciosas se levantan.
El viento sopla furioso
Pasando en inciertas ráfagas.
Del espacio en los abismos
La tempestad amenaza,
Y el relámpago brillante
Su luz amarilla manda,
Luz que siniestra ilumina
Los senos de la montaña.
De un hálito ardiente y seco,
Misteriosas oleadas
Como si fueran de fuego
Así la atmósfera abrasan.

Casi en la cima del cerro
La multitud apiñada,
Nadando en risa de gozo
Contemplando está con ánsia,
Del Redentor de los hombres
La muerte angustiosa y tarda.
Alza hasta el cielo sus gritos
De cólera y de amenaza;
Que aquel insolente pueblo
En su locura insensata,
Mas parece monstruo horrible
Sediento de sangre humana,

Contemplando de sus víctimas
Las del dolor tristes lágrimas,
Que espectador impasible
De aquella trajedia infausta!
Brotan de su impura boca
Improperios y amenazas,
Y á sus sarcásticas burlas,
Cantos de muerte acompañan.
Cada vez que Jesucristo
Les dirije su mirada,
Terrible miedo les hiere
Y les confunde y espanta;
Pero la infernal locura
Que en ira enciende su alma,
Para ahogar de su conciencia
Las silenciosas punzadas,
Les hace que tornen locos
Sedientos de sangre humana,
Á sus impúdicas voces,
Á sus roncas carcajadas,
Á sus gritos y á sus cantos,
Y á sus burlas y á sus sátiras.
«*Sálvate ya, Nazareno,*
Le decian, *salva, salva,*
Á esos que mueren contigo;
Á ese que grita venganza!...»
¡Insensatos! Tienen ojos
Y no ven: la voz sagrada

No escuchan que desde el cielo
En la Escritura les habla
Por boca de sus profetas,
Ni entienden que aquella santa
Víctima propiciatoria,
Es Hóstia pura y sin mancha
Ofrecida en holocausto
Á Dios por culpas humanas!

Á los lados de la Cruz
Otras dos cruces se alzan,
Donde otros tantos bandidos
Sus muchos crímenes pagan.
El uno insulta á Jesús,
Y entre roncas carcajadas
Al populacho insolente
En su gritar acompaña,
En tanto que arrepentido
Y herida de amor el alma,
De Jesús el otro implora
El bálsamo de su gracia.
Y no en vano, que dichoso,
La clemencia soberana,
El perdon que ansioso busca
Otórgale en la palabra
Llena de uncion y de vida
Que de Jesucristo emana.

«HOY SERÁS, DIMAS, CONMIGO,
EN LA CELESTIAL MORADA!»

¡Señor, Señor! ¡Siempre grande!
¡Siempre el Perdon! Anonada
Con tu poderoso aliento,
La generacion ingrata
Que reniega de tu nombre!
Tu cólera y voz airadas
Truenen desde el cielo, y hundan
Á los que en furia insensata
Enturbian con sus pecados
De la pureza las aguas!
Y pues grande es tu clemencia
Para el que llora sus faltas,
Á el que en la impiedad te ofenda
Envuélvelo en tu ira Santa,
Y desaparezca el réprobo
De la terrenal morada,
Cual hoja seca de otoño
Que la tormenta arrebata,
Y entre sus pliegues oscuros
Lleva á regiones estrañas!...
Yo, Señor, por mis pecados
Derramaré ardientes lágrimas:
De mi culpa arrepentido
Vestiré túnica blanca;

Túnica de la pureza
Sin sombra alguna de mancha.
Yo lejos huiré del mundo;
Renegaré de sus farsas,
De sus ensueños de gloria,
De sus islas encantadas,
Donde con falsos amores
Cautiva prenden á el alma.
En vez de placer mentido,
De las floridas guirnaldas
Con que al pecado mi vida
Ardientes pasiones atan,
Yo, Señor, mi pensamiento
Tornaré hácia tu palabra,
Buscando en ella consuelo
Y Caridad y Esperanza,
Para que con tu clemencia
Me des la Fé que me falta.
Porque tu solo eres vida:
Tú la verdad: Tú la gracia:
Tú la ciencia: Tú la dicha:
Tú la omnipotencia sábia:
Tú el espíritu increado:
Tú las cristalinas aguas
Donde con la penitencia
Se purifican las almas!

CANTO III.

Cúm vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suæ: Mulier, ecce filius tuus.

Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua.

S. Juan, cap. 19 *vs.* 26 *y* 27.

Omnipotente Dios, á el alma mia,
Un rayo de tu amor puro y divino
Para alentarla envía!
Mi ardiente fantasía
Sin norte ni camino,
Del mundo en el confuso torbellino,
En tí tan solo fía:
En tí, que el rumbo cierto

Le has de marcar del anhelado puerto.
Que ya lucha cansada,
Y de tu nombre con desdén se olvida
Buscando con afan senda ignorada;
Y sin cesar, perdida,
Corriendo vá deshechas tempestades
Por los revueltos mares de la vida.
De fiebre mundanal viviendo loca,
En su delirio á comprender no alcanza
Que en humo se convierte cuanto toca;
Que tu eres su esperanza,
Y hallará si con fé tu nombre invoca,
De aquellas tempestades la bonanza.
Ya con anhelo ardiente
Á tí me vuelvo de luchar cansado:
Para encender mi mente
En tu fuego sagrado,
Mándale de tu amor, rayo esplendente.

Era *sesta*, y el mundo ya temblaba:
El pueblo mas y mas amotinado,
Con ímpetu salvage
É ira feroz, sacrílego insultaba
Al Cordero de Dios, crucificado.
De la elevada Cruz de donde pende
Con hierros agudísimos clavado,
Jesús la vista tiende,

Y solo vé ante si rostros malditos,
Rudas, toscas y bárbaras facciones,
Rostros, que á su pesar, llevan escritos,
Con la hiel infernal de las pasiones,
En indelebles rasgos sus delitos,
En tanto que el Señor gime sufriendo
Por redimir la culpa del pecado!...
Ved su cuerpo divino
Por espinas y azotes destrozado!
Ved revuelta su rubia cabellera
Envidia de la aurora!
Su faz, que el sufrimiento descolora!
Mirad su frente, de la luz emblema,
Por irrision y burla, coronada
Con punzantes espinas por diadema!
Pálido y demudado,
Ved su rostro que al sol le diera enojos,
Perdida la color y ensangrentado,
Y de sus garzos y brillantes ojos
El húmedo cristal ciego y turbado!

Al pié de la alta cruz está María ,
Sin que su fiera pena
Nadie á escribir, ni á comprender alcance:
María de dolor llena,
Como no lo sintió madre ninguna
En tan horrible trance.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

Aquella á cuyos piés duerme la luna,
Aquella á quien elogian serafines
En cántico sonoro,
Al compás de sus dulces bandolines,
Ó de sus arpas celestiales de oro,
La que es Reina del cielo,
Aquella cuyo nombre
Es la luz y el consuelo
Del angustiado corazon del hombre,
Hoy su alma anegada en negro duelo,
Mira romperse los maternos lazos:
Llanto de sangre en su pesar derrama,
Y estendiendo los brazos,
Al Hijo de su amor doliente llama,
El pecho virginal roto en pedazos!
Los bárbaros verdugos
Que sin piedad golpean
Rompiendo el cuerpo de su Hijo amado,
Y en contemplar su llanto se recrean,
Con golpes aun mas duros
Su corazon de madre martillean!
Y á pesar del combate que sostiene,
En medio del dolor que la sofoca,
Vertiendo amargas lágrimas de duelo,
Ni un sonido se escapa de su boca;
Ni una reconvencion de su alma sale;
Contemplad su penar, y decid luego
Si hubo dolor que á su dolor se iguale!

Está con ella Juan: el muy amado
Discípulo de Cristo: el preferido
Entre todos por El, y el que es llamado
Para escribir la verdadera historia,
De aquellos hechos de inmortal memoria.
Derrama amargo, mas secreto llanto
El discípulo fiel, que despreciando
La cólera altanera
Que á la canalla fiera
Torna en sus iras loca,
Por seguir al Maestro hasta la muerte,
Sus suspiros y lágrimas oculta,
Sin dejarlos llegar hasta su boca.
El paciente Cordero,
Hácia la tierra inclina su mirada;
Y al ver allí á su Madre,
Á su Madre doliente, acongojada,
Aquel dolor purísimo bendice,
Y en misterioso acento, así la dice:
«MUGER, VÉ AHÍ Á TU HIJO!»—Y al discípulo,
«EN ESA MIRA DESDE HOY TU MADRE!»

¡Sublime redencion! Hora sublime
Aquella en que el Cordero inmaculado,
No solo nos redime
Del yugo del pecado,
Si no que al mundo entrega,

Á la doliente humanidad que llora,
Á la que gime ciega
Sumida en negro duelo,
Cual puerto de salud y de consuelo,
En la tierra preciada intercesora,
Y abogada purísima en el cielo.
Dios en su sábia prevision no ignora,
Que el hombre en sus dolores
La celestial clemencia humilde implora,
Y entre Dios y los hombres mediadora,
Para templar de su ira los rigores,
En su madre les dá Reina y Señora!

¡Dios de bondad! Yo adoro tu grandeza!
Yo tu justicia adoro;
Yo ante tu nombre inclino mi cabeza,
Y con amargo lloro,
Lamento mi impiedad y mi impureza!...
Con liberal largueza
Tú diste al hombre cuanto vale y tiene,
Y el hombre siempre ingrato,
Del cieno entre los vicios se mantiene
Pecando el insensato!
Mi alma, Señor, sin norte ni camino,
En tí tan solo fia
De este mundo en el ráudo torbellino;
En tí, que el rumbo cierto

Le has de marcar del anhelado puerto.
¡Ampárala, Señor! Gira cansada
Por erial desierto
Buscando sin cesar senda escondida,
Y en ruta peligrosa é ignorada,
Corriendo vá deshechas tempestades
Por los revueltos mares de la vida.
De fiebre mundanal viviendo loca,
En su delirio á comprender no alcanza
Que es humo cuanto toca;
Que tu eres su esperanza,
Y hallará si con fé tu nombre invoca
De aquellas tempestades la bonanza!
Ya con anhelo ardiente
A tí me vuelvo, de luchar cansado:
Para encender mi alma
En tu fuego sagrado
Mándale de tu amor rayo esplendente!

Y Tú, blanca azucena perfumada,
Rosa de Jericó pura y fragante,
De los cielos encanto:
¡Madre de Jesucristo inmaculada!,
Tú regalado aroma
Conque el Dios de los mundos se recrea;
Esposa cásta, candida paloma,
Faro de luz que ardiente centellea,

Salud de los enfermos, arca santa,
Estrella de los mares, vía segura
Para llegar á Dios, fecundo río
De Gracia celestial: de la hermosura
Templo sagrado: plácido rocío
Que el alma santifica
Y anega en el ardiente
Fuego de amor y en él la purifica,
Haz que siempre la mía
Se goce en el Señor: dale á mi canto
Tan pobre de armonía,
Tú, eterno manantial de la poesía,
Las dulces notas del cantar celeste:
Haz que siempre la gracia sea conmigo:
¡Yo bendigo tu nombre sacrosanto:
Yo me acojo á los pliegues de tu manto!

CANTO IV.

Eloí, Eloí, lamma sabacthanî?
S. Marcos, cap. 16 v. 34.

Escrito estaba. De los libros santos
Las figuras proféticas, se tornan
En realidad sublime.
Cuando el hombre
La túnica perdió de su inocencia
Del Paraiso en la mansion dichosa,
Tronó la voz de Dios por los espacios
Potente y justiciera, condenando

La humana ingratitud y la flaqueza.
Y al arrojar sobre la impura frente
Del primer pecador, de los dolores
La estensa sucesion, fallo divino
Desde *ab-eterno* por Jehová dispuesto,
Sobre el infierno que rugiendo brama,
Lanzó su maldicion y su castigo.
Y dijo á la muger: « Tu la cabeza
Quebrantarás al mónstruo del Averno:
Otra muger sin mancha concebida,
Mas pura que el fulgor de la alborada,
Ha de cerrar las puertas que el pecado
Por vosotros abrió.»—Y desde entonces
Sigue la humanidad su marcha lenta
Á través del espacio y de los tiempos
Conforme á su mision.—Los patriarcas,
El mismo Dios mas tarde, los profetas
Por la divina inspiracion guiados,
En signos misteriosos, la venida
De un Dios de caridad anuncian todos.

En el reloj eterno de los siglos
Sonó la hora bendita: cantos dulces
En son confuso misteriosos cruzan
Los espacios en alas de los vientos,
En tanto que el Demonio rebramando,
Hace temblar los antros mas ocultos

Del báratro infernal. La hora llega
Anunciada en las Santas Escrituras,
En que la realidad tomase formas,
Las místicas figuras remplazando
Del Viejo Testamento. Jesucristo
Viene en nombre de Dios á redimirnos:
Á emancipar la humanidad esclava
De los estrechos lazos que la oprimen:
Viene á purificar las sociedades
Pulverizando con su voz divina,
Costumbres, religion, leyes que tiemblan
Sobre su trono roto y carcomido.
Viene á decir al pária desdichado:
Al que en cadenas como esclavo gime:
«Levántate á tu vez: ese que cruje
Sobre tu espalda el látigo, es tu hermano:
Su derecho es el tuyo: ambos, deberes
Teneis preceptuados: sois iguales
De la eternal justicia en la balanza!»
Y aterradas escuchan las naciones
La voz de caridad, que ensalza al pobre,
Al humilde engrandece, y al soberbio
Hunde hasta el polvo de su vano orgullo!
Y la idea celestial no comprendiendo
Que en la palabra de Jesús campea,
Su mision insensatos desconocen
Tratándole de loco. ¡Locos ellos
Que envueltos en su manto de placeres

Y en el crímen y el vicio encenagados,
Quieren luchar con débiles sofismas
Contra el poder de Dios omnipotente!

El Hijo del Eterno, en cumplimiento
De las promesas por su Padre hechas,
Viene á cumplir la Redencion Sublime
De la doliente humanidad que llora,
Abriéndole las puertas que cerraron
Nuestros primeros padres con su culpa.
Su vida ofrece por librar al hombre
De las terribles penas infernales,
Y cubrirnos con rosas odoríferas
La senda que á los cielos encamina.
Viene á mostrarnos la virtud triunfante,
Orlada con eternos resplandores,
Con la luz de la Fé sobre la frente,
La Esperanza á su lado, conduciendo
Entre las dos la caridad Sublime!
Viene á rogar por los que tristes lloran,
Por aquellos que llevan en su alma
De la desgracia el sello: los que al rudo
Choque del huracan de las pasiones,
Miran su pobre corazon deshecho.
Derraman el consuelo sus palabras
Mas dulces que el murmullo de las olas
Que al ténue impulso de las frescas brisas

Llegan á acariciar con tierno beso
El débil muro de movible arena,
Y al influjo no mas de su mirada,
Los ciegos ven la luz, hablan los mudos,
Y hasta las leyes naturales rompen
El principio eternal en que se fundan!

Y entretanto, Israel, tu pueblo ingrato
Que ayer le recibió palmas tendiendo,
Proclamándole rey entre los reyes
Y elegido de Dios, hoy tornadizo
Reniega de su nombre y le maldice,
Y ébrio de ira se amotina y ruge,
Y pudiendo salvarlo le condena.
Vedlo seguir las águilas romanas
Que el legionario con su diestra empuña,
Del árido Calvario hasta la cumbre:
Vedlo sediento de inocente sangre
Insultando al tiernísimo Cordero,
Que por tantos dolores combatido
Apenas anhelante se sostiene:
Vedlo gritar cuando cansado y débil
El Hijo del Eterno en tierra cae
De la cruz abrumado con el peso!
—*¡Naturaleza entera se quebranta*
Porque sufre su autor!—Los diques rotos
Que á el insolente pueblo detenian,

Nada quedó de insultos y amenazas,
Nada de maldiciones y de gritos,
Que no lanzaran á la faz divina
En ronca confusion creciente y brava!
Ya los dolores de Jesús acrecen:
La noche avanza: manan las heridas
Sangre del Justo: por los clavos rotas,
Las delicadas manos ya no pueden
El cuerpo sostener, y convulsivos
Los nervios se estremecen: sudor frio,
Glacial, cubre la piel, y agonizante
Hácia el oscuro cielo su mirada
Lenta dirije: agítase su pecho
Que desfallece en el combate horrible,
Y al Padre celestial doliente esclama:
«Eloí, Eloí, ¿tu poderoso
Brazo me desampara en este instante?»

¡Arcángeles de blanca vestidura,
Lúcidas potestades de los cielos,
Volad, volad, que el Justo en su agonía
Consuelos necesita! ¡Venid ángeles
Y su dolor templad! ¡Infame muerte,
Sufre por los pecados de los hombres!
Por lavar nuestra frente de la culpa,
Y abrir clemente las cerradas puertas
Del Paraiso, por Adam, perdido!

¡Todo, Señor, lo sufres por librarnos
De las terribles penas infernales,
Y cubrirnos con rosas odoríferas
La senda que á los cielos encamina!
¡Todo por consolar á los que lloran!
Á los que llevan en su frente escrito
De la desgracia el sello: á los que al rudo
Choque del huracan de las pasiones
Miran su pobre corazon desecho!

¡Señor, Señor! En alas de la vida
Hácia la tumba vamos caminando,
Del vicio con los falsos oropeles
Nuestra frente cubierta! En el delirio
Que mata nuestras almas, olvidamos
Ese tu sacrificio, tus tormentos,
Tus agudos dolores, tu agonía,
Y hasta tu Ley Santísima de gracia!
Del mundo le aparato fastuoso
Con sus mil atractivos placenteros,
Con su hidrópica sed de mando y oro,
Con sus brillantes mágicas quimeras,
Seduce con su encanto los sentidos,
Y locos, insensatos, en sus brazos
Con febril impaciencia nos lanzamos,
Sin comprender que nuestra corta vida,
Es humo disipado por el viento:

Es flor que apenas alza su corola
Sobre el esbelto tallo en que se mece,
Cuando á impulsos del ábrego sañudo,
Muere marchita, sin perfume y seca:
Es pobre nave que perdida vaga
Sin vela ni timon, por los revueltos
Mares de la existencia, sin que llegue
El puerto á ver, que densas se lo encubren
Las nieblas de los vicios: es el tronco
Que si ardiendo fugáz, por un momento
Lanza al espacio fulgurante llama
De roja luz y espléndidos colores,
Pronto en ceniza convertido queda!

¡Señor, Señor! De ingratitud culpables,
Nosotros los mortales te ofendimos!
Que tu sangre preciosa, que en el Gólgotha
Abundante corrió, sobre la frente
De la cansada humanidad derrame
La ardiente contricion, la fé cristiana
Qne ha de abrirle las puertas de la vida!
Yo te imploro tambien: de tu clemencia
La bondad infinita, Dios potente,
Derramará sobre mi alma impura
Los deseados bienes de tu Gracia,
Y contrito Señor y arrepentido
Mi voz haré llegar hasta tu trono
Clamando sin cesár: ¡Bendito seas!

CANTO V.

Sitio.
S. Juan, cap. 19 *v.* 28.

¡Espíritus sagrados,
Que al compás de los místicos salterios,
Y ante el trono de Dios inmaculado
Himnos cantais de amor y de esperanza,
Bajad á revelarme los misterios
De la Pasion y muerte, del que vino
Con su palabra augusta,
Del cielo á señalarnos el camino!

Venid, que ya mi frente
Estéril y cansada,
Por calentura ardiente
Y por contrarios vientos agitada,
Medrosa é intranquila
Se abisma en los misterios de la nada,
Y duda y teme y en su fé vacila.
Tended desde los cielos dó morais
Vuestras alas azules;
Y en blanca nube de flotantes tules,
Mas bellos que los nítidos celages
Con que anuncia la aurora su venida,
Descended hasta mí, dando á mi pecho
Lumbre de amor sagrada,
Luz á mis ojos, y á mi aliento vida!
Venid, venid! De inspiracion tesoro,
Ceñid á mi cabeza
De blancas rosas la gentil guirnalda:
Dadme la lira de oro:
Cubrid con vuestro manto de grandeza
Mi altivo pensamiento,
Y en el seco erial de mi alma impura,
Depositad vuestro divino aliento.
Para elevar á Dios mi rudo acento,
Prestadme vuestros himnos de dulzura,
Himnos de gratitud y amor ardiente
Que en vuestro pecho celestial germina,

Y vereis de mi frente
Brotar la sacra inspiracion divina.

Venid humanos á la altiva cumbre
Del Gólgotha orgulloso, en cuyo centro
Tocareis del amor la régia lumbre:
Venid, y vuestra obra
Contemplad si podeis: mirad el pueblo
En instintos cobardes embriagado,
Cual se goza sediento en la matanza,
Y gozoso contempla
Por bastardas pasiones impulsado,
Aquel cuadro sangriento
Espectáculo fiel de su venganza!
Ni el deseo satisfecho su odio templa,
Ni hay quien enfrene su gritar furioso:
Y cada vez que tiende su mirada
Hácia la cruz de donde pende Cristo,
Con ímpetu no visto
Arroja sobre él sus maldiciones,
Cual si Satan soplara con su aliento
Sobre el inmenso mar de sus pasiones.
Sin tregua ni descanso,
Aquel pueblo blasfema, hiere, grita,
Y cual castigo de su infando crímen
Ya trémulo se agita:
Ya arrepentidos sus ancianos gimen:

Ya audaz se precipita
Temiendo por su mísera existencia,
En tanto que del fondo
De su intranquila alma,
Se levanta la voz de la conciencia
Que le roba la calma:
La voz acusadora
Que murmura á su oido
En confuso sonido
Lúgubre profecía aterradora:
Voz que callada entre misterios llora
Porvenir maldecido!
Voz, eco perdido
Del mar del alma en las revueltas olas:
Tristísimo gemido
Que la punzante duda
Lanza en la fuerte lucha que sostiene:
¡Manto sagrado en que la ley se escuda!

En tanto Jesucristo vá apurando
Con celestial paciencia
De su amargura el cáliz, y sintiendo
Que cansada se agota su existencia.
Con la muerte luchando,
Porque mayor el sufrimiento sea,
Vé al hombre por quien dá su sangre pura
Su dolor contemplando,

Presa la mente de infernal locura.
Del pecho de Jesus se escapa tardo
El último estertor, cortado, lento,
En tanto que su faz triste y cansada
Descompone cruel el sufrimiento.
Su lucida mirada,
Por la muerte empañada,
Conmo en tiempos mejores ya no brilla,
Y pálida color cárdena torna
Su purpúrea mejilla!
Los rizados cabellos
Mas rubios que los cálidos destellos
Que el sol desde el Zenit al mundo envia,
Libre flotan al viento
Dando sombra á su frente
En blando movimiento,
Mientras que la tormenta en los espacios
Con su manto de sombra el mundo llena,
Y con su voz potente,
Por límites opuestos avanzando,
Su mensajero el rayo airado truena.
Todo anuncia terrible cataclismo:
Naturaleza entera se estremece:
El furor de los génios del abismo
Por instantes acrece,
Retiemblan en su asiento las montañas,
Y rugen con estrépito sonante
Los volcanes que encierran sus entrañas.

Jesús otra vez habla: de sus lábios
Con misterioso acento
Se escapa su palabra entrecortada:
«¡Sed tengo!» esclama el Justo, y con violento
Sarcástico rugido,
Lanza el pueblo insolente carcajada.

¡Dios Eterno! El que hizo de la nada
El Universo y cuanto en él se encierra,
El que puso en la tierra
Los frescos manantiales:
El que con su mandato, de la roca
Hace brotar clarísimos raudales,
Aquel que con su mano, el tenebroso
Manto de sombras de la noche fria
Sobre los mundos tiende, y al hundoso
Potente mar enfrena
Con débil muro de movible arena;
El que alimenta las ocultas fuentes
Y borda sus orillas
Con perfumadas flores,
Para calmar sediento sus dolores,
Para calmar la sed que le persigue,
No halla una gota que sus lábios bañe,
Ni alma piadosa que su ardor mitigue!
¡Sediento está el Señor de los Señores,
El único increado,

El que presta á las brisas sus olores,
Y sus galas al prado,
Y sus matices á las gayas flores!
¡Sediento el que congrega los vapores
Empapando con ellos los encajes
De las calladas nieblas, que pasando
De montaña á montaña
Van los valles y vegas fecundando!...

Sediento, sí; pero de amor sediento
Que ingrato y loco el hombre á Dios le niega,
Cuando tras los placeres turbulento
Entre los brazos de Satan se entrega.
Sediento del amor que avaro guarda
Cuando su nombre con desden olvida
Corriendo tras fantástica quimera,
Tras de ilusion mentida
¡Pecamos, Señor Dios, pecamos locos,
De la virtud la senda abandonando!
De la mundana gloria al dulce arrullo,
Hácia la muerte vamos caminando
Con el crímen punzante en la conciencia!...
Miseria es nuestro orgullo,
Y escória vil la efímera existencia!

Pero ya de tu gracia nuestros ojos

Vieron la luz: el alma dolorida
Del mundo engañador por los abrojos,
Apetece otra vida:
Otra vida de célicos amores,
De gloriosa armonía:
De mística poesía,
De sublimes y eternos resplandores.
Y esa otra vida que apetece el alma
Como oasis en medio del desierto;
Ese tranquilo puerto
De ventura y de calma,
Que busca sin cesar con rumbo incierto,
Eres Tú, Señor Dios; Tú en cuya diestra
Se ostenta el rayo: en cuya pura frente
Naturaleza entera se refleja:
Tú, de la Gracia, cristalina fuente;
Tú el Justo, el Inmutable y el Clemente.

CANTO VI.

Cúm ergo accepisset Jesus acetum, dixit:
Consummatum est.
S. Juan, cap. 19 *v.* 30.

¡Israel, Israel! Cubre tu frente:
Lágrimas de dolor llore tu pueblo:
Lágrimas ¡ay! que escalden su megilla (.)
En señal de amargura y desconsuelo.
Destrenzen tus purísimas doncellas
Cual en tiempo de luto sus cabellos,
Mas rubios que las tintas de la aurora
Ó del Sol en oriente los reflejos.

(.) Verted juntando las dolientes manos
lagrimas ay que escalden la megilla
Espronceda — Oda al 2 de Mayo

Arrojen de sus brazos las matronas
De sus entrañas el infante tierno:
El hijo de su amor y de sus dichas
Que tímidas ocultan en su seno.
Lloren llanto de sangre tus ancianos:
Sus amores maldigan tus mancebos
Destrozando las fuertes armaduras
Conque á Moab y á Gabaon vencieron.
No quemen ¡ay! de hoy mas sobre las aras
Tus sacerdotes aromado incienso,
Ni entonen con su voz himnos de gloria
Bajo la sacra bóveda del templo.
Lloren tus hijas lágrimas ardientes,
Que tu poder en polvo se ha deshecho,
Porque la aguja marca ya el instante
En el inmenso horario de los tiempos.
Tus hijos que en esclavos se tornaron
Bajo el dominio del romano cetro,
Y besando la mano á sus señores
Entre placeres viles se adurmieron,
Rompan ya las tiránicas cadenas
Que les oprimen con dorados hierros;
Y si un instante en su febril locura
Olvidaron la ley de sus abuelos,
Arrojen de sus hombros ese manto
De esclavitud que débiles ciñeron,
Que ya sobre el Calvario, cual bendito
Signo de redencion y de consuelo,

Con su preciosa sangre regenera
A la doliente humanidad el Verbo.
Ya todo está cumplido. Los sagrados
Libros abrid, que guardan en su seno
La inmutable verdad, y en Jesucristo
La clave encontrareis de sus misterios.

Dios al criar al hombre, colocole
En divino vergél, plácido huerto
Donde las brisas murmurando alegres,
Y un cielo siempre azul, siempre sereno,
Eterna primavera les brindaban
Manantial de purísimos deseos.
Allí las auras al besar las flores,
Perlas depositaban en su seno:
Los arroyos quebraban sus cristales
En los pintados juncos, que estendiendo
Sus brazos de retama, les formaban
Para cubrirlos misterioso velo.
Al agitar las ondas de las fuentes
Dulces acordes suspiraba el viento:
Himnos de gratitud y de esperanza,
Cantos de amores plácidos y tiernos.
Y el hombre siempre débil, escuchando
Infernal sugestion, no conociendo
Que su orgullo ante Dios es polvo vano,
Es humo disipado por el viento,

Rebelde alzóse, y quebrantó atrevido
Del Eterno justísimos preceptos.
Mas ¡ay! que al arrojar sobre su frente
De la reprobacion maldito sello,
Con él marcó tambien la de sus hijos
Haciéndolos esclavos del infierno.!

Para lavar la mancha del pecado,
Era preciso sacrificio inmenso:
Ofrecer de la culpa en holocausto
Blanco vellon, purísimo Cordero
Cuya sangre aplacara los enojos
Y la cólera justa de los cielos.
Por eso desde entonces empezaron
Simbólicas figuras; los misterios
Que en limitada comprension no puede
Abarcar la razon: los grandes hechos
Que el pueblo de Israel mira y contempla,
Con débil corazon, de pavor lleno.
Ved, porque Jesucristo, tras de larga
Predicacion divina en el desierto,
Llega á Jerusalem entre los gritos
De amor con que por rey le aclama el pueblo,
Alfombrando á su paso los caminos
Y verdes palmas á sus piés tendiendo.
Ved porqué tras la Cena, en que instituye
Para el hombre el mas grande Sacramento,

Á orar ante su Padre se retira
De las Olivas al oscuro huerto,
Y allí, para baldon de las edades
Que monstruos alimentan en su seno,
Á la cruel venganza del Escriba,
Judas feroz entrega á su Maestro,
Depositando en la mejilla santa,
En señal convenida impuro beso.
Y desde allí entre lanzas, cual se llevan
Los criminales de maldades llenos,
Marcha Jesus á Tribunal injusto
Que su inocencia pena, porque el pueblo
Que ayer cantóle himnos de alabanza,
Hoy grita con furor sangre pidiendo,
Bien así como tigre que contempla
Su asqueroso cubil roto y deshecho,
Cuando al ponerse el Sol tras las montañas
Torna ansioso á buscar á sus hijuelos.
Ved porqué Jesucristo, moribundo,
Pendiente de la Cruz, gime sufriendo,
Por la cansada humanidad doliente
De sus pecados bajo el rudo peso.
Miradle allí! Con celestial paciencia
Ha sufrido el tiernísimo Cordero,
En un instante años de agonía;
En una hora siglos de tormento.
Todo cuanto las Santas Escrituras
Encerraban de místicos preceptos,

Cuantas figuras, símbolos y mitos
En el fondo ocultaban sus misterios,
Todo se ha realizado en el Calvario
Al consumarse el sacrificio cruento.
¡Mirad al Redentor! Agonizante,
Con estridente son crujen sus nervios:
Pálida la color, turbia mirada;
Sus lábios de carmin, áridos, secos:
Con la muerte luchando por instantes:
De sus hondas heridas ¡ay! vertiendo
La sangre sacratísima que borra
De nuestra frente el signo del Infierno!
Vuelve á hablar: ¡Escuchad! Tarda y cansada
La palabra se escapa de su pecho:
«¡TODO SE HA CONSUMADO!»

¡Gracias! Gracias,
Dios de justicia y de bondades lleno!
¡Alégrate Israel! Alza tu frente:
¡Himnos de gratitud cante tu pueblo!
Himnos de gratitud y de esperanza,
De placer en señal y de consuelo!
Adornen tus purísimas doncellas
Con guirnaldas de rosas sus cabellos;
Sus cabellos mas rubios que la aurora
Ó del sol en Oriente los reflejos.
Bendigan placenteras las matronas

De sus entrañas al infante tierno:
Al hijo de su amor y de susdichas
Que tímidas ocultan en su seno.
Cantos de gloria entonen tus ancianos:
Á la lucha se apresten tus mancebos
Preparando las fuertes armaduras
Con que á Moab y á Gabaon vencieron.
¡Todo se ha consumado! Francas quedan
Las diamantinas puertas de los cielos;
Que si Adam las cerró débil y loco
Por sugestiones del demonio, ciego
Arrojando á la frente de sus hijos
De la infernal esclavitud el sello,
Con su sangre preciosa aquella mancha
Ha borrado el purísimo Cordero.
¡Todo se ha consumado! De la Gracia,
La fuente brota ya. Huyamos lejos
De la culpa infernal, y por el polvo
Los ídolos mundanos arrastremos.
¡Señor, Señor! El alma dolorida,
Navegando sin rumbo ni aparejo,
De las pasiones las revueltas olas
Vá cruzando impulsada por los recios
Vendabales, que nunca le permiten
Llegar á ver el deseado puerto.
Ampárala, Señor! Sostenla pío
Contra el embate rudo de los vientos,
Para que en fuerza de luchar se acerque

Al deseado punto de su anhelo.
Débil y loco, el hombre desconoce
Corriendo en pos del mundanal veneno
Tu sacrificio y tu dolor horribles,
Por él tu padecer y tus tormentos.
Y embriagado en el néctar engañoso
De placeres sin fin que le mintieron
Con su falsa apariencia deslumbrante
De su pecho los lúbricos deseos,
En su locura corre el insensato
Tras mentido fantasma, hasta que ciego,
Donde creyó encontrar gloria ó placeres,
De la tumba se encuentra con el hielo.
¡Señor, Señor! Si la punzante duda
Un instante turbó mi pensamiento;
Si por seguir del mundo el torbellino
Encontré manantial de triste duelo,
Donde el placer tan solo dura un dia
Implacable el dolor eterno siendo;
Donde las flores que produce el alma
Sacan su sávia del mortal veneno
Que el corazon destila gota á gota
De la hiel infernal de sus deseos,
Yo maldigo ese mundo de mentiras;
Ni gloria, ni placer, ni aplausos quiero,
Y buscando mas sólida esperanza,
Arrepentido, á Tí, Señor, me vuelvo.

CANTO VII.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
S. Lucas, cap. 24 *v.* 46.

Hora de *nona* es. Los aquilones
La tierra azotan con violento impulso,
Arrastrando potentes en su tromba
Cuanto á su paso destructor encuentran.
Anchos girones de preñadas nubes
El azul oscurecen de los cielos,
Como terrible manto funerario:
Como capa de bronce que gravita

Sobre la tierra, cuyo seno ruge
Cual si la ley eterna que sostiene
Su inmensa magestad, rota y deshecha
Por la mano divina se mirase.
Agitan espantosas convulsiones
A la creacion que tiembla. Ya se escuchan
Del trueno bramador los sordos ecos
Que por opuestos límites avanzan,
Como la voz de Dios que airada suena
Su enojo y maldicion mostrando al hombre.
Ya preparan los sueltos huracanes
El ímpetu indomable de su esfuerzo,
Y el eléctrico rayo su luz busca
De los cóncavos cielos en la lumbre.
Los volcanes que encierran las entrañas
De los alzados montes, ya se agitan
Elaborando la candente lava,
Que brotará en penachos luminosos
Para alumbrar con lúgubres fulgores
El de la destruccion cuadro sangriento.
El pueblo de Israel siente que tiembla
Bajo sus piés la centenaria roca,
Y loco, y bramador y maldiciente,
Y presa de insensata calentura,
Lleno de ira se amotina y ruge,
Y gira en torno de la cruz del Cristo,
Cual si poder fatal lo encadenase
A los piés de la víctima inmolada.

Jesus en tanto de la cruz pendiente,
Siente acercarse con veloces pasos
A la implacable muerte: ya en su rostro
Un hálito glacial debil percibe,
Y siente sus dolores renovarse
Con nueva intensidad creciente y larga.
De sus heridas á raudales brota
La sangre que al humano regenera;
¡Bendita sangre que la mancha estirpa
Del reprobado signo del pecado!
Ya los miembros cansados se resisten
A sostener el cuerpo: ya sus nervios
De dolor se estremecen convulsivos,
Y al cielo alza los azules ojos,
Sin brillo ya por la cercana muerte!
Y el pueblo quo pasába ante su vista,
Renegaba de él y blafemaba
Diciendo impío con acento rudo:
«*Tu que derribas el sagrado templo,*
Y en tres soles no mas lo reedificas,
Desciende de esa cruz donde te encuentras
Y de mi ira escapa, Nazareno!»
Y los Escribas con impuras voces
Ayudaban al pueblo, de su odio
Instrumento flexible, escarneciendo
Una verdad que á comprender no alcanzan.
¡Insensatos, que en loco desvarío
Tras mentidos alhagos corren ciegos,

Prefiriendo los goces mundanales
A vida eterna de placer y gloria!
Que no comprende su razon viciada,
Al comentar las Santas Escrituras,
Que el que anunciaron Rey las profecías
Y Señor de señores, dice al hombre
Que su reino no es el de este mundo;
Que mas alta mision cumple en la tierra,
Y anuncia tras la vida miserable
Que el hombre arrastra lágrimas vertiendo,
Otra existencia de inefables goces,
De santidad completa y de ventura;
Otra vida de célicos placeres,
De encantos celestiales y delicias,
Como la mas ardiente fantasía
No pudo ni aun en sueños admirarla.

Mas Jesus vuelve á hablar: alza sus ojos
Hacia el oscuro cielo encapotado:
Terribles convulsiones estremecen
Su cuerpo ya sin fuerzas: de su pecho,
Tardas y entrecortadas, las palabras
Se niegan á salir: al fin se esfuerza,
Y con potente voz, á cuyo acento
Retiemblan las potencias infernales,
Doliente esclama: «Oh Padre! Padre mio,
En tus manos mi espíritu encomiendo!»

Y de Dios la justicia satisfecha,
Llevado á cabo el grande sacrificio,
Realizadas las místicas figuras,
El Hijo del Eterno sobre el pecho
Inclina su cabeza.... ¡Cristo espira!
. . . . . .

¿Que sucede, Israel? La tierra tiembla:
Las graníticas rocas en su asiento
Se estremecen chocando: niebla impura,
Sus alas melancólicas y lúgubres
Estiende sobre el mundo, y le oscurece
Con sus ardientes cálidos vapores;
El sol pierde su luz: se torna el dia
Noche bañada en lobreguéz y espanto:
Las estrellas perdidas en los cielos,
Como manchas de sangre en fondo oscuro,
Con siniestro fulgór pálidas brillan:
Se cierne en las alturas la tormenta:
El trueno, que es su voz, rebrama airado:
Su mensajero el rayo, raudo cruza
Del espacio las cóncavas regiones:
Con estridente son chocan las piedras:
Del Sacro Templo el recamado velo
Se rasga en dos pedazos: ignorados
Ecos perdidos misteriosos cruzan
Lanzados por incógnitos espíritus:

Las tumbas que los siglos ¡ay! en polvo
Tornaron nada mas, los sellos rompen,
Y envueltos en sus lúgubres sudarios,
Segunda vez al mundo se aparecen
Los que en el campo de la vida fueron.
Su tropa de fantasmas pavorosos
Se agita sin cesar sin rumbo fijo,
Y duda y miedo, y confusion y espanto,
En la conciencia de los hombres ponen.
Todo es horror! Inmenso cataclismo
Presenta conmovida la natura,
Gimiendo por la muerte sacrosanta
Del Ser entre los seres increado.

En tanto, Humanidad, libre te miras
Del castigo que Dios justo te impuso,
Y vuelves á tener francas las puertas
Que conducen al cielo: con su sangre,
De tu frente el purísimo Cordero
Ha borrado la marca ignominiosa
Que en los primeros tiempos recibiste.
Llora y desprecia los mundanos goces:
Llora por tus pecados: la clemencia
Del Dios que sobre el Gólgotha espirara,
Es grande como él, y al que la implora,
Al pecador que gime arrepentido,
Con bondad celestial tiende su mano.

Y á tí, Árbol sagrado de la vida,
Signo de redencion y de consuelo,
Ayer padron de infamia, y hoy tornado
Lábaro salvador, ¡yo te bendigo!
De nacion en nacion, irás triunfante
Conducida por bravos campeones,
Bandera del cristiano! Á tu presencia
Que luz destella, las informes sombras
Del error, hüirán amedrentadas
Á esconder su pavor y su verguenza
En los oscuros antros del Infierno!
Los olímpicos dioses á quien culto
Rinde inmoral el alto Capitolio,
Rodarán por el polvo ante tu paso
Para que tú, bendita te levantes
Radiante y triunfadora entre sus ruinas!
De hoy mas, serás la enseña salvadora
Que á los bravos conduzca á la pelea,
Cuando á través del tiempo y de los siglos
Vengan de las regiones de Occidente
Á rescatarte con la pátria esclava,
De los sectarios del Corán impuro.
En tu nombre y llevándote en la popa
De su pobre y mezquina carabela,
Colon descubrirá nuevos espacios
Donde campée tu luz, y los apóstoles
Prediquen la palabra sacrosanta,
Llevando las católicas verdades

A la oscura razon de los Aztecas.
Al crujir estridente del acero,
Del cañon al horrísono estampido,
Al choque de encontrados armamentos,
Entre el sangriento horror del abordaje,
Y el humo de la pólvora, y los gritos
Del que agoniza entre las ondas túrbias
Del golfo de Lepanto, triunfadora
Te alzarás una vez, y ciento, y siempre
De la oriental enseña del Profeta!
De hoy mas, en que la sangre del Cordero,
De suplicio te torna en aúreo trono,
Tu serás el remedio soberano
Con que el humano temple sus dolores:
Tu el escudo serás con que rechace
El lisongero alhago de los vicios:
Tú el faro que en los mares de la vida
Le mostrará de la virtud el puerto:
Tú la señal á cuyo dulce influjo
El embate cruel de sus pasiones
Ha de calmar, y tu la compañera
Que guardarás el sueño de su tumba,
A través de su losa funeraria
Pidiendo al corazon de sus hermanos
Lágrimas, y recuerdos y oraciones.
¡ Salve, gloriosa Cruz, yo te bendigo!

INDICE.

	PAGINAS.
Invocacion.—Á Dios.	9
Canto I.	15
« II.	25
« III.	34
« IV.	41
« V.	49
« VI.	57
« VII.	65

ERRATAS IMPORTANTES.

—

En la página 15, línea 3.ª, donde dice *dimiti*, debe leerse *dimitte*.

En la página 25, línea segunda, donde dice *vobis*, debe leerse *tibi*.

En la página 42, línea quinta, donde dice,

Desde *ab-eterno* por Jehová dispuesto.....

debe leerse:

Desde *ab-eterno* por Jehová previsto,

En la página 43, línea 6.ª, donde dice:

Viene en nombre de Dios á redimirnos,

debe leerse:

Desciende á redimirnos del pecado,

Vale.